

Las Aventuras de Gabi y Max



Índice

Capítulo 1: Operación Rescate en el río Yarra

Capítulo 2: El cruce peligroso

Capítulo 3: La mochila olvidada y el escudo inteligente

Capítulo 4: Vuelo controlado en la azotea

Capítulo 5: El muro imposible

Capítulo 6: La fábrica a oscuras

Capítulo 7: La fuerza con control

Capítulo 8: El rescate silencioso

Capítulo 9: El poder de la tormenta

Capítulo 10: Más rápido que el peligro

Capítulo 1: Operación Rescate en el río Yarra

Gabi tenía solo seis años, pero era especial. No solo por su forma de pensar rápida como un rayo, sino porque él mismo había inventado algo que ni los adultos habían conseguido: un robot asistente policial, al que llamó con orgullo... Max.

—No por los músculos, ¿eh? —decía Gabi entre risas—. Lo llamé Max porque ayuda a los demás. Como debe hacer un héroe.

Max era un robot de tres metros, con sensores térmicos, cámaras nocturnas, brazos articulados, ruedas todoterreno y un software que Gabi había programado con ayuda de su tablet y mucha, muchísima paciencia.

Ese día, recibieron una llamada urgente desde la Policía Comunitaria de Melbourne, Australia. El oficial Richardson, con quien Gabi colaboraba desde hacía unas semanas, apareció en la pantalla.

—Gabi, tenemos un problema en el río Yarra. Una niña está atrapada entre el barro y el agua está subiendo. ¡Podemos necesitar a Max!

Gabi respiró hondo. Luego, como le enseñó su maestro de taekwondo, repitió en su cabeza: *Respira. Observa. Actúa con calma.*

—Entendido. Estoy en camino.

Activando a Max

En su pequeño taller móvil —una furgoneta equipada como laboratorio—, Gabi revisó cada módulo del robot.

—Sistema hidráulico, OK.

—Sensores de proximidad, activos.

—Software de rescate, cargado.

—Batería al 100%.

—Misión: salvar a Nala.

Se ajustó el traje de piloto, con su cinturón de judo cruzado al pecho. No era por adorno: Gabi entrenaba todos los días. Sabía cómo caer sin hacerse daño, cómo ayudar a levantarse a otro, y cómo mantener la mente tranquila bajo presión.

En el río

La escena era seria. Varias personas estaban en la orilla, señalando hacia una roca. Sobre ella, una niña, Nala, se agarraba fuerte a una rama.

—¡Tranquila, ya vamos! —avisó Gabi por el altavoz.

Los bomberos y policías miraban a Max con respeto. No todos los días un robot diseñado por un niño aparecía a salvar a alguien.

Gabi analizó el terreno. El barro estaba suelto, la roca era firme, y el agua subía lento, pero constante.

—Max, paso corto, presión mínima. Avanza 3 metros. Brazo izquierdo listo.

El robot caminó lentamente. Su peso se distribuye con precisión para no hundirse. Gabi mantenía la respiración firme, tal como aprendió en sus prácticas.

Cuando llegó a Nala, ella temblaba.

—No te muevas. Te voy a asegurar con una cinta de seguridad. Confía en mí, ¿vale?

Nala asintió, y Gabi activó el brazo blando del robot. La cinta se ajustó bajo sus brazos, y poco a poco, la levantaron.

Una vez a salvo, todos aplaudieron. Nala corrió a abrazar a su madre. Gabi salió del robot y caminó hasta ella.

—¿Estás bien? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. Me caí buscando a mi perro...

—Entonces mañana haremos una mejora en el sistema de localización para mascotas —dijo Gabi, ya con ideas girando en su cabeza.

Fin de misión

De vuelta en la base, el oficial Richardson chocó el puño con Gabi.

—Has estado tranquilo, rápido y seguro. Buen trabajo, campeón.

—Gracias. Hoy aprendí que el barro es peligroso... pero no más que perder la calma.

Esa noche, Gabi anotó en su libreta:

“Hoy ayudé a alguien de verdad. El barro era peligroso, pero no más que dudar de mí mismo. Mañana seguiré entrenando. Max y yo tenemos muchas misiones por delante.”

Reflexión: la calma y el autocontrol son tan importantes como la tecnología.

Capítulo 2: El cruce peligroso

Era una mañana tranquila en Brisbane. El cielo estaba despejado y las calles, llenas de bicicletas, coches y peatones. Gabi estaba en una misión diferente: no de rescate, sino de prevención.

—Hoy no salvamos a nadie, Max —dijo Gabi desde el interior de su unidad de mando—. Hoy enseñamos.

Habían sido invitados por el Departamento de Seguridad Vial de Queensland para dar una charla en un colegio y realizar una demostración en vivo con el robot. Gabi sonrió. No todos los días uno enseña a una clase entera de niños... con un robot gigante.

El cruce con problemas

Antes de llegar al colegio, pasaron por un cruce con semáforo en el centro de la ciudad. Gabi notó algo raro.

—Hmm... Ese botón de peatón... no suena.

En Australia, los semáforos para peatones emiten un sonido para que las personas ciegas o con dificultad visual sepan cuándo cruzar. Pero ese botón estaba mudo.

—Vamos a revisarlo.

Gabi aparcó la unidad y descendió del robot. Mientras analizaba el panel, vio a una señora mayor con bastón intentando cruzar.

El semáforo aún estaba en rojo, pero los coches empezaban a frenar. Ella no lo sabía. Y justo detrás venía un chico en patinete que no la había visto.

—¡Max, movimiento urgente! —ordenó Gabi.

En segundos, el robot se adelantó con su luz intermitente, levantó el brazo y detuvo al patinete con un suave bloqueo de seguridad.

—¡Alto! Zona de cruce en situación peligrosa —dijo el robot con firmeza.

Gabi corrió hacia la señora.

—Señora, espere aquí. El botón está averiado. La ayudaré a cruzar.

Ella sonrió, agradecida.

—Gracias, hijo. Ya no veo muy bien... y pensé que el semáforo ya había cambiado.

Gabi la acompañó hasta el otro lado, señalizando con el brazo, como aprendió en su curso de seguridad. Luego se dirigió al niño del patinete, que había frenado sorprendido.

—¿Estás bien?

—Sí... solo iba mirando el suelo. No vi nada.

—Recuerda: siempre tienes que mirar al frente y reducir la velocidad en cruces. Eso es lo que hacen los verdaderos pilotos, como tú. ¿Vale?

El niño asintió. Estaba un poco asustado, pero Gabi le sonrió.

—Tranquilo. Aprendemos de esto y seguimos.

Luego volvió al cruce, abrió su mochila de herramientas, y reparó

temporalmente el botón con una placa nueva que llevaba impresa en 3D. También envió un informe al ayuntamiento desde su tablet.

En el colegio

Más tarde, en el colegio, Gabi y Max hicieron una demostración de cómo cruzar correctamente una calle, cómo leer las señales y qué hacer en caso de accidente.

—¿Qué pasa si un amigo se cae al cruzar? —preguntó una niña.

—Primero te aseguras de que estás a salvo. Luego ayudas. Pero nunca corras al centro sin mirar —respondió Gabi—. Y si no sabes qué hacer, llama a un adulto o a emergencias.

—¿Tú no tienes miedo cuando ayudas? —preguntó otro niño.

Gabi asintió.

—A veces sí. Pero cuando tienes miedo, respiras como en judo: fuerte por la nariz, lento por la boca, y tu cuerpo se calma. Miedo no es fallo. Miedo es señal de que estás atento.

Reflexión del día

Esa noche, Gabi escribió:

“Hoy no salvé a nadie del agua ni del barro. Pero prevenir es también salvar. Un cruce puede ser más peligroso que una tormenta si nadie lo respeta. Mañana programaré una nueva función en Max: escáner de botones de cruce. Y recordaré siempre esto: El que enseña, también protege.”

Reflexión: prevenir también es salvar.

Capítulo 3: La mochila olvidada y el escudo inteligente

La idea del escudo

Era lunes por la mañana. Gabi caminaba por el pasillo de la Escuela Primaria de Tecnología Aplicada de Perth, con su tablet bajo el brazo. Había ido a dar una charla sobre inventos seguros y buenos hábitos.

Mientras preparaba su presentación, una idea no dejaba de rondarle la cabeza.

—Oficial Richardson me dijo que a veces en los parques y escuelas ocurren accidentes por cosas pequeñas... como una mochila mal puesta o una pelota que se cruza.

Gabi pensó en una solución. —¿Y si Max pudiera anticiparse a eso? Algo rápido, ligero... ¡un escudo! Como el del Capitán América, pero real.

Se puso a diseñarlo. —Necesito que rebote objetos, pero que no haga daño. Que tenga sensores de proximidad. Y que sea fácil de guardar.

Usó polímero reciclado, espuma ligera y una capa interna de fibra de carbono flexible. Lo programó para desplegarse automáticamente si algo volaba hacia una persona.

En solo tres días de trabajo, Max tenía su primer “superpoder”: un escudo inteligente retráctil con forma circular. Estaba inspirado en los superhéroes, sí... pero era puro diseño científico.

La mochila olvidada

El viernes, Gabi y Max fueron a supervisar la entrada al colegio, ayudando a los alumnos a cruzar correctamente.

Todo iba bien, hasta que una ráfaga de viento tiró una mochila olvidada en el borde de una rampa. Justo en ese momento, un niño en silla de ruedas bajaba con velocidad.

—¡Cuidado! —gritó Gabi al ver que la mochila rodaba justo hacia la rueda delantera.

Antes de que pudiera moverse, Max reaccionó.

—¡Escudo activado! —dijo el robot.

Desde su brazo derecho, salió el escudo inteligente y se colocó frente a la rampa como una pared suave. La mochila chocó suavemente y rebotó hacia un lado sin dañar a nadie.

El niño frenó justo a tiempo. Todos respiraron aliviados.

—¡Eso fue increíble! —dijo una profesora—. ¡Ese escudo salvó una caída!

Gabi corrió a revisar el sistema. Todo había funcionado como esperaba.

—La próxima vez pondremos sensores para detectar objetos sueltos también. ¡Todo se puede mejorar!

Enseñando con ejemplos

Más tarde, en clase, Gabi explicó cómo había construido el escudo.

—Los superhéroes usan poderes... yo uso ciencia. Este escudo no es

mágico. Está hecho de materiales que ya existen. Lo importante es pensar en cómo ayudar a los demás con lo que sabemos hacer.

—¿Va a volar como el del Capitán América? —preguntó uno de los niños.

—No... aún no —dijo Gabi riendo—. Pero sí puede rotar para cubrir más espacio si es necesario.

Y les mostró en pantalla cómo el escudo se podía mover como un abanico cuando detectaba múltiples objetos.

Reflexión final

Esa noche, como siempre, Gabi escribió en su cuaderno:

Hoy aprendí que una idea bien pensada puede evitar un accidente. No hace falta ser fuerte ni volar: solo hay que observar y anticiparse. El escudo funcionó. Mañana probaré la versión doble para entradas de emergencia.

Max ya tiene su primer superpoder. ¿El siguiente? Quizá algo como Iron Man...

Pero sin rayos, por ahora. Solo soluciones reales.

Capítulo 4: Vuelo controlado en la azotea

La idea de volar

Después del éxito del escudo inteligente, Gabi no podía dejar de pensar en su siguiente mejora.

—Max es fuerte, rápido y preciso... pero ¿y si pudiera elevarse un poco en ciertas situaciones?

Estudió durante días los drones de rescate que usaban los bomberos, y los sistemas de ventilación inteligente que algunos robots tenían para equilibrarse en terrenos difíciles.

—No necesito que vuele como en las películas... solo que pueda elevarse uno o dos metros cuando sea necesario, por ejemplo, para subir una rampa rota, un bordillo muy alto o... una azotea.

Así nació el proyecto “Propulsión nivel 1”: cuatro microturbinas controladas por Gabi con sensores de estabilización automática. Un sistema seguro, sin llamas ni cohetes, alimentado por aire comprimido y energía solar.

Lo instaló en la espalda y piernas de Max, y lo programó para que solo se activara si había una situación validada de emergencia.

Emergencia en la azotea

Ese viernes, Gabi fue invitado al Instituto Técnico Infantil de Darwin para hablar sobre inventos sostenibles. Llevó a Max, como siempre, para mostrar cómo la robótica podía ser útil y segura.

Mientras daba su charla en el patio, un alumno corrió a avisar:

—¡Hay un niño en el tejado del gimnasio! ¡Subió por una escalera de mantenimiento para buscar su avión de papel y no puede bajar!

Gabi miró arriba. El tejado no era muy alto, pero la escalera estaba oxidada y resbaladiza.

—¡No puede bajar solo! —dijo una profesora, nerviosa—. ¡Podría caerse!

Gabi reaccionó sin dudar. Activó el nuevo sistema con su voz:

—Max, protocolo de elevación 1 activado. Objetivo: rescate en zona elevada, altura 3,5 metros.

El robot se estabilizó. Las cuatro turbinas se encendieron con un zumbido suave y se elevó lentamente por el aire, flotando hacia la azotea.

Los niños miraban con los ojos como platos. Max aterrizó junto al niño, que estaba sentado y asustado.

—Hola —dijo Max con voz calmada—. Soy un robot de rescate. Estoy aquí para ayudarte.

Gabi habló por el altavoz:

—Tranquilo, vamos a bajarte en un asiento especial. Solo sigue mis instrucciones.

Con una pequeña plataforma desplegable y un cinturón de seguridad acolchado, Max descendió con el niño a salvo. Todo el colegio aplaudió.

El niño, aún nervioso, dijo:

—Pensé que era una buena idea... pero me asusté cuando vi lo alto que estaba.

Gabi se agachó a su altura.

—A veces las ideas parecen buenas, pero lo más importante es pensar antes de actuar. Lo que hiciste fue peligroso, pero ahora ya lo sabes. ¿Lo recordarás?

El niño asintió.

Reflexión final

Esa noche, Gabi escribió en su cuaderno:

Hoy volamos por primera vez. No fue un vuelo largo ni espectacular, pero fue útil. Aprendí que no se trata de impresionar a nadie, sino de estar preparados. Volar puede parecer un sueño, pero cuando lo haces con responsabilidad, es una herramienta.

Mañana revisaré los estabilizadores. Y pensaré en una nueva mejora: quizás algo como la visión especial de Iron Man... pero para ver lo que otros no pueden.

Capítulo 5: El muro imposible

El problema de las paredes lisas

Después del exitoso rescate en la azotea, Gabi repasaba los datos del vuelo de Max.

—El vuelo fue útil, pero... ¿y si no se puede volar? ¿Y si hay que subir por una superficie vertical sin espacio para aterrizar?

Mientras pensaba, recordó una clase de ciencias donde le hablaron de las patas de los geckos y algunas arañas, que se adhieren a las superficies gracias a estructuras microscópicas llamadas setae.

—¡Eso es! No necesitamos telarañas mágicas, sino ciencia real: ¡agarre controlado por ventosas y fibras adherentes!

Con ayuda de su microscopio portátil y su impresora 3D, Gabi diseñó una nueva mejora para Max: dos planchas de contacto en manos y pies, cubiertas por una red de microventosas y fibras de agarre inspiradas en la naturaleza.

—Este sistema se activa solo si detecta una pared segura para escalar, y se desactiva si hay riesgo de caída.

Gabi lo llamó “Modo Gecko”.

La llamada del edificio

Pocos días después, Gabi y Max fueron convocados por los bomberos de Adelaida. Había ocurrido una emergencia en un edificio de oficinas.

—Un operario de mantenimiento ha quedado atrapado en un balcón sin acceso —explicó el jefe del equipo—. El sistema de anclaje de su

arnés falló y no puede entrar por la ventana. Estamos en obras y el ascensor exterior está desmontado.

La única forma de llegar era subir por la fachada.

—Hay huecos, columnas y marcos. No es una pared plana, pero tampoco es fácil —dijo Gabi mientras analizaba la estructura con su visor.

—¿Estás seguro de que tu robot puede escalar eso?

Gabi asintió con calma.

—Sí, pero solo en modo controlado. El agarre se adapta al tipo de superficie. No trepa como un insecto, solo se mantiene pegado mientras avanza paso a paso.

Activó el nuevo módulo.

—Max, Modo Gecko activado. Objetivo: acceso vertical a balcón, piso 4, sin vuelo.

La escalada controlada

Max apoyó sus manos y pies en la fachada. Las microventosas y fibras se activaron con un leve “pop-pop”, y el robot comenzó a ascender, manteniendo siempre tres puntos de contacto.

Gabi lo controlaba desde la base, calculando cada movimiento como si fuera una partida de ajedrez.

—Un paso más... ajusta el pie izquierdo... gira el hombro... ahora eleva.

En minutos, Max alcanzó el balcón, fijó un soporte de seguridad al

barandal y ayudó al operario a colocarse en la plataforma auxiliar.

—Todo en orden. Bajamos —dijo Gabi con una sonrisa.

El descenso fue más fácil. Todos aplaudieron al ver que la misión había salido perfecta.

Después del rescate

El operario se acercó a Gabi mientras se quitaba el casco.

—Eres increíble. ¿Cómo aprendiste todo esto?

Gabi sonrió.

—Observando la naturaleza... y aprendiendo de los errores de las máquinas anteriores. A veces las mejores ideas están en las patas de un lagarto.

El jefe de bomberos lo felicitó.

—Hoy escalaste un muro imposible. No con magia. Con ciencia. Eso vale mucho más.

Reflexión final

Esa noche, como siempre, Gabi escribió en su cuaderno:

Hoy trepamos como Spider-Man... pero sin telarañas. Aprendí que la solución a un problema puede estar en lo pequeño. Las ventosas funcionan si las controlas bien. La fuerza no es nada sin precisión.

Mañana probaré una nueva mejora: visión inteligente. Quizás algo inspirado en los sensores de Iron Man. Ver en la oscuridad. Ver el calor. Ver lo que otros no ven.

Y siempre, ver cómo ayudar.

Capítulo 6: La fábrica a oscuras

La inspiración

Tras el éxito con el sistema de agarre “Modo Gecko”, Gabi anotó en su cuaderno:

—Tregar fue útil, pero a veces no es suficiente. ¿Y si todo está oscuro? ¿Y si no puedo ver lo que hay dentro de un edificio?

Pensó en los sensores de luz y calor que ya usaban los bomberos en sus cámaras térmicas. —Max necesita ojos múltiples. Como los de Iron Man... pero reales.

Pasó varias noches investigando. Descubrió que la luz visible es solo una parte del espectro electromagnético. Con filtros infrarrojos y térmicos, se podía ver calor humano, tuberías de agua o cables eléctricos aunque hubiera oscuridad total.

Programó tres modos:

Nocturno: convierte la poca luz en una imagen verde brillante.

Térmico: detecta calor y diferencia personas de objetos.

Estructural: identifica grietas o huecos ocultos.

—Con esto, Max verá lo que otros no pueden.

Emergencia en la fábrica

Una tarde, el oficial Richardson llamó con urgencia:

—Gabi, tenemos un problema. En una fábrica abandonada de Perth, unos exploradores urbanos entraron y la energía eléctrica ha fallado. Está completamente a oscuras. Uno de ellos no responde.

Gabi se ajustó el casco. —Entendido. Activaré la visión múltiple.

Max y él llegaron en minutos. La entrada estaba cerrada y el interior, completamente negro.

—Modo nocturno —ordenó Gabi.

El visor mostró el interior en verde fosforescente. Montones de cajas, escaleras metálicas y pasillos estrechos.

De pronto, activó el modo térmico. Entre manchas frías y cálidas, apareció un punto brillante.

—¡Ahí está! —exclamó Gabi—. Una persona, a 25 metros, en el pasillo 3. Parece atrapada.

Max avanzó. Una viga caída bloqueaba el camino.

—Cambio a visión estructural —dijo Gabi.

El visor analizó la resistencia de la viga y detectó un hueco lateral seguro. Guiando a Max con calma, lograron rodearla sin riesgo.

Al llegar, encontraron a un chico de unos 14 años, sentado, con el tobillo torcido.

—No podía moverme... y todo estaba oscuro —dijo temblando.

—Ya estás a salvo. Te sacaremos de aquí —respondió Gabi.

Lo aseguraron con un arnés y, gracias al sistema de visión, encontraron la salida más rápida y segura.

De vuelta al exterior

El chico fue atendido por los paramédicos. Estaba bien, solo asustado y con un esguince leve.

Richardson sonrió. —Tu visión múltiple ha sido la clave. Los adultos tardaríamos horas en revisar la fábrica a oscuras. Tú lo hiciste en minutos.

Gabi acarició la carcasa de Max. —No es magia. Solo ciencia aplicada. Y mucha observación.

Reflexión final

Esa noche, escribió en su cuaderno:

Hoy aprendí que ver más no significa ver mejor. Hay que interpretar lo que ves y decidir con calma.

Max ya tiene visión múltiple. Ahora puede detectar calor, estructuras y moverse en la oscuridad.

El próximo paso... quizá fuerza mejorada, como Hulk. Pero con control. Porque la fuerza sin control es solo destrucción.

Capítulo 7: La fuerza con control

La idea de la fuerza

Después de probar la visión múltiple, Gabi escribió en su cuaderno:

—Max ya puede ver lo que otros no ven... pero a veces ver no basta. ¿Qué pasa si hay que mover algo muy pesado?

Pensó en los terremotos, en los coches atrapados en un accidente, en vigas caídas.

—Necesitamos fuerza extra... pero con control. La fuerza sin inteligencia es como gritar sin escuchar: solo ruido.

Inspirado en Hulk, diseñó un sistema hidráulico de nueva generación: cilindros de presión en brazos y piernas, capaces de multiplicar la fuerza de Max, pero con sensores que ajustaban la potencia para no romper lo que sostenía.

—No quiero un robot que golpee. Quiero un robot que levante, sostenga y libere.

El edificio en obras

Unos días después, llegó una llamada desde un barrio en construcción en Sídney.

—Se ha desplomado parte de un andamio —explicó el oficial Richardson—. Un trabajador ha quedado atrapado bajo unas barras metálicas. No están rotas, pero son demasiado pesadas para moverlas rápido. Necesitamos tu ayuda, Gabi.

Cuando llegaron, Gabi analizó la escena. El trabajador estaba

consciente, atrapado de una pierna, con tres barras de acero sobre él.

Los bomberos intentaban levantar, pero eran demasiado pesadas.

—Max puede hacerlo —dijo Gabi—, pero hay que hacerlo despacio, para no causar más daño.

Activó el modo fuerza asistida.

—Max, presión controlada al 60%. Preparado para elevación.

El robot colocó sus brazos hidráulicos bajo las barras y comenzó a levantarlas suavemente. Los sensores medían el peso y ajustaban la potencia para que no hubiera movimientos bruscos.

—Un poco más... aguanta... ahora coloca el soporte de seguridad —indicó Gabi a los bomberos.

Cuando las barras quedaron aseguradas con cuñas, los paramédicos sacaron al trabajador. Tenía la pierna lesionada, pero estaba a salvo.

Todos respiraron aliviados.

La lección de Gabi

Más tarde, un bombero se acercó a Gabi.

—Ese robot es muy fuerte. ¿No te da miedo que se des controle?

Gabi sonrió. —Por eso lo programé con sensores de control. Hulk es fuerte, sí... pero lo que le da valor a su fuerza es aprender a controlarla. Max no está hecho para destruir, sino para sostener.

El bombero asintió, pensativo. —Tienes razón. La fuerza sin control no salva. Solo destruye.

Reflexión final

Esa noche, Gabi escribió en su cuaderno:

Hoy aprendí que la fuerza no sirve si no sabes cuándo y cómo usarla.

Max ya puede levantar toneladas, pero siempre con cuidado.

El próximo paso será la agilidad. Quizá algo como Black Panther...
velocidad, reflejos, equilibrio.

Porque no siempre gana el más fuerte. A veces gana el que se mueve mejor.

Capítulo 8: El rescate silencioso

Misión en el parque natural

Después de perfeccionar la fuerza controlada, Gabi pensó en otra situación: —¿Y si hacer ruido pone en riesgo la misión? A veces el silencio ayuda más que la fuerza.

Inspirado en Black Panther, diseñó un sistema con articulaciones cubiertas de materiales insonorizados y sensores de equilibrio fino. Así nació el modo sigilo felino.

Pronto lo probaron. En el Parque Nacional Kakadu, tres turistas se habían perdido de noche en un área donde anidaban aves muy sensibles al ruido. Los helicópteros y los vehículos podían asustarlas y causar daño al ecosistema.

—Max, modo sigilo felino activado —ordenó Gabi.

El robot caminó entre la hierba y las ramas sin crujir, regulando cada pisada como si imitara el paso de un felino. El viento apenas movía las hojas, y cada sonido, por pequeño que fuera, parecía multiplicarse en la oscuridad.

El visor térmico mostró tres siluetas humanas. Una de ellas cojeaba: tenía el tobillo torcido. Max desplegó una camilla plegable, pero antes de alcanzarlos tuvieron que cruzar un arroyo de piedras resbaladizas. Gabi controló cada paso, marcando el ritmo: —Pie derecho firme... ahora traslada el peso... despacio.

El robot avanzó sin un solo chapoteo. Un grupo de aves dormidas en un árbol cercano no se despertó. Gabi sonrió: la prueba funcionaba.

Cuando llegaron, el turista herido respiraba rápido por el miedo. Gabi

le habló con voz baja y clara: —Todo está bien, confía en nosotros. Te llevaremos de vuelta.

Max lo acomodó con suavidad en la camilla, asegurando las correas sin un ruido metálico. En silencio, cruzaron de nuevo el bosque, y el único sonido fue el murmullo del viento entre las hojas.

—La fuerza ayuda —dijo Gabi al llegar al campamento—, pero a veces el silencio es lo más poderoso.

Reflexión final

Esa noche, Gabi escribió en su cuaderno:

Hoy aprendí que el ruido también puede ser un enemigo. Max puede ser fuerte y brillante, pero también silencioso.

En la vida, no siempre hay que hacer más ruido para destacar. A veces, ayudar en silencio es lo que más importa.

El próximo paso... tal vez resistencia extra, como la de Thor. Un sistema de energía que nos haga más fuertes en las tormentas.

Capítulo 9: El poder de la tormenta

El reto de la tormenta

Gabi estaba revisando las mejoras de sigilo de Max cuando una nueva idea surgió:

—Podemos movernos en silencio, ver en la oscuridad, escalar y levantar peso... pero, ¿qué pasa si estamos en medio de una tormenta eléctrica?

Recordó un informe de los bomberos: cada año, las tormentas provocaban incendios, cortes de luz y accidentes.

—Max debe resistir los rayos, no apagarse por un cortocircuito... y además, ¿por qué no aprovechar esa energía?

Diseñó entonces un sistema de aislamiento eléctrico con materiales dieléctricos avanzados, y un banco de supercondensadores que almacenaba energía cuando había una descarga controlada. De este modo, Max no solo resistía la tormenta, sino que podía usar esa energía para encender luces, alimentar radios o recargar aparatos de emergencia.

Emergencia en Darwin

Una semana después, en Darwin, una tormenta tropical azotaba la costa. Vientos fuertes, lluvia intensa y relámpagos iluminaban el cielo.

El oficial Richardson informó: —Un pequeño refugio costero se ha quedado sin electricidad. Hay familias con niños dentro, y el generador está averiado. Necesitamos luz y energía, pero nadie puede entrar: los rayos caen muy cerca.

—Max puede hacerlo —dijo Gabi, con el casco puesto—. Activaremos el modo Tormenta.

El robot avanzó entre charcos y viento, recibiendo pequeñas descargas en las superficies metálicas. El nuevo sistema aislante protegía sus circuitos.

Cuando un rayo cayó cerca, Max extendió sus placas de absorción: la descarga se redirigió a los condensadores, que comenzaron a brillar con energía acumulada.

—¡Funciona! —gritó Gabi.

Llegaron al refugio. Conectó un cable de emergencia desde Max al cuadro eléctrico del refugio. Poco a poco, las luces se encendieron dentro, y los niños aplaudieron aliviados.

—Gracias a ti —dijo una madre—, mis hijos ya no tienen miedo.

La calma después

Cuando la tormenta cedió, Gabi salió del robot y miró el cielo.

—No controlamos los rayos como Thor, pero sí podemos resistirlos y usarlos para proteger. Eso también es un poder.

Richardson le dio una palmada en el hombro. —Has demostrado que la ciencia, usada con cabeza, puede ser tan poderosa como un trueno.

Reflexión final

Esa noche, en su cuaderno, Gabi escribió:

Hoy aprendí que la energía puede ser peligrosa o útil. Todo depende

de cómo la uses y la controles.

Max ya resiste las tormentas. Y puede dar luz en la oscuridad.

El próximo paso... velocidad y reflejos, como Hawkeye o Quicksilver. Porque a veces lo más importante no es ser fuerte, sino reaccionar a tiempo.

Capítulo 10: Más rápido que el peligro

Emergencia en el metro

Después de resistir la tormenta, Gabi pensó en lo que aún faltaba: —Max ya puede ser fuerte, ver en la oscuridad, moverse en silencio y hasta aprovechar rayos... pero, ¿y si el problema es cuestión de segundos?

Diseñó entonces un sistema de micro-sensores de vibración y respuesta rápida, instalados en las articulaciones y el núcleo del robot. No era para correr sin pensar, sino para reaccionar antes de que el peligro alcanzara a alguien.

El momento llegó pronto. En Sídney, un tren quedó detenido en un túnel. Los pasajeros empezaron a caminar por las vías. Pero otro tren, desviado por error, venía en dirección contraria. Quedaban apenas segundos.

—Protocolo de velocidad de emergencia activado —ordenó Gabi.

Los sensores detectaron la vibración del tren que se acercaba. Max calculó la distancia exacta y se adelantó con rapidez controlada. Primero, desplegó el escudo inteligente y protegió a un grupo de personas, empujándolas hacia un hueco lateral seguro.

En medio de la confusión, una niña soltó la mano de su madre y se quedó paralizada en las vías. Gabi gritó: —¡Max, prioridad uno!

El robot aceleró en un salto corto, la tomó en brazos y volvió al refugio lateral en menos de dos segundos. La niña lo miró asustada, pero él le habló con voz suave:

—Ya estás a salvo.

Mientras tanto, un carrito de mantenimiento rodaba cuesta abajo, directo hacia un grupo de pasajeros. Max giró con reflejos felinos, extendió el escudo y lo desvió justo a tiempo. Las chispas saltaron al chocar con la pared del túnel, iluminando el pasaje por un instante.

El tren seguía acercándose. Gabi analizó la ruta en la pantalla: un carro metálico bloqueaba la salida. —¡Fuerza asistida, ahora!

Max levantó el carro con un solo movimiento y lo lanzó hacia una zona libre. El paso quedó despejado. En segundos, todos los pasajeros alcanzaron la salida segura.

El tren pasó con un estruendo, sacudiendo el túnel entero. El aire caliente y la vibración hicieron temblar a todos, pero estaban a salvo.

Richardson, que había llegado al lugar, se quedó sin palabras. —Llegaste justo a tiempo.

—No fui yo —respondió Gabi—. Fue Max... y todas sus mejoras juntas. Cada misión nos trajo hasta aquí.

Reflexión final

Esa noche, en su cuaderno, Gabi escribió:

Hoy aprendí que la velocidad solo es útil si va unida a la calma y la precisión. Correr sin pensar es peligroso. Reaccionar con control salva vidas.

Max ya no es solo un robot. Es la suma de todas las ideas, aprendizajes y valores que construimos juntos.

Quizá mañana invente otra mejora... o tal vez no. Lo importante es

que, pase lo que pase, usaremos la ciencia, la inteligencia y el corazón para ayudar.